

EL ZULIA ILUSTRADO

REVISTA MENSUAL

TOMO I.

MARACAIBO: 31 DE OCTUBRE DE 1889

NUM. 11

EL ZULIA ILUSTRADO

Director y Editor: E. LOPEZ RIVAS

CASA DE GOBIERNO

El hermoso edificio cuya vista presentamos á nuestros lectores en esta misma página, está situado en el costado norte de la plaza principal de esta ciudad, y en él están instaladas las oficinas del Ejecutivo Seccional, la Tesorería y la Jefatura civil del Distrito.

El área ocupada hoy por la Casa de Gobierno lo estaba antiguamente por un vetusto caserón que servía al mismo tiempo de Cárcel y Casa Municipal, y una casa particular que fue comprada por el municipio en Julio de 1840,¹ de conformidad con la ordenanza de 10 de Diciembre de 1839, en la cual la Diputación Provincial decretó la reedificación de la Cárcel.

En Febrero de 1841, siendo Gobernador el general José E. Andrade, se dio principio á la obra, según el plano levantado por el teniente de ingenieros Olegario Menteses y presentado al Gobernador por don Manuel de Arocha, quien lo costeó de su particular peculio.

Según el decreto de la Diputación

¹ Esta casa perteneció á los señores presbiteros maestro José María Angulo y Juan de Dios Castro y señor Manuel Iriarte Lezama.

Provincial, el edificio, además de las piezas destinadas para Cárcel, debía tener las necesarias para la misma Diputación, para el Concejo y demás oficinas municipales.

La fábrica había adelantado bastante para Noviembre de 1841, habiendo sido sus directores sucesivamente los señores Manuel de Arocha

tación en Noviembre de 1841; y para Noviembre del año de 1842 ya estaba terminada la casa que por largos años continuó siendo Cárcel.

Convencida la Diputación de que con los recursos municipales se invertirían muchos años en aquella obra, acudió al Congreso, con fecha 3 de Diciembre de 1841, pidiendo se acordase un empréstito de 16,000 pesos que las rentas municipales irían amortizando con anualidades de 3,000 pesos, con hipoteca de lo que correspondía á esta provincia por el 4 p 8 de subsidio. Se pedía, además, al Congreso eximiese de derechos de importación algunos efectos que para la fábrica era preciso traer del extranjero, como enverjados, piedras de granito, etc. El Congreso negó la petición.

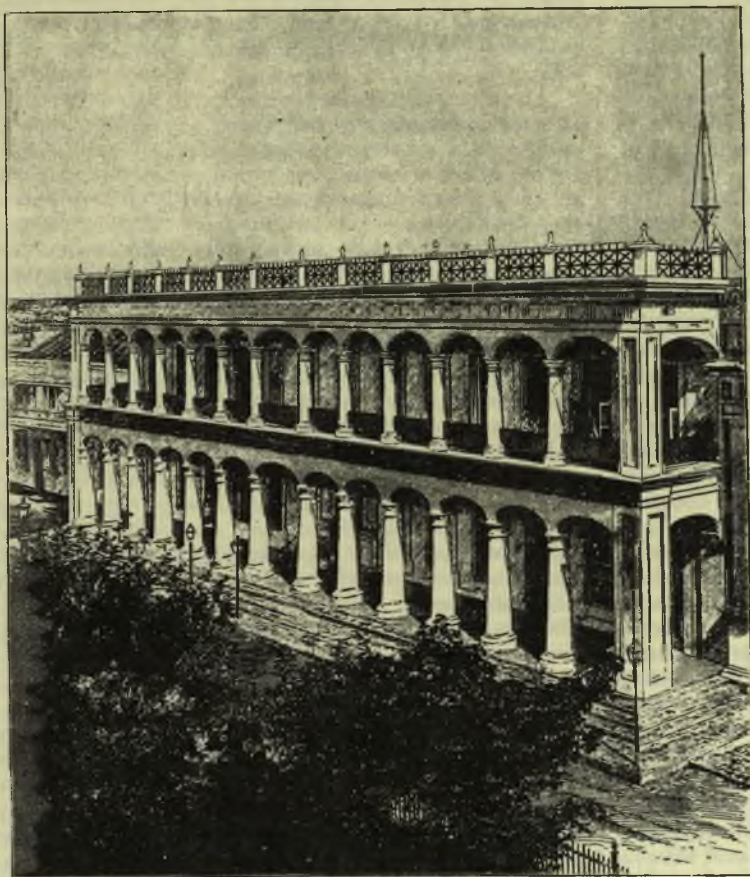
En Noviembre de 1844, dijo en su Memoria el gobernador Serrano:

“Con sentimiento me veo forzado á participaros que esta importante fábrica se halla paralizada, por falta de fondos en la administración municipal para atender á sus gastos. El empréstito del Congreso con que se contaba en auxilio

de éstos, quedó sin efecto, recibiendo la obra un golpe mortal; pues difícil es, si no imposible, que las rentas de la provincia por sí solas puedan dar cima al edificio, con las insignificantes sumas que las erogaciones comunes dejen disponibles. La Diputación

una torre ó garita y estaba en el mismo punto que hoy ocupa el local de la Sociedad Mutuo Auxilio.

² Así llamaban una antigua casa que tenía



MARACAIBO. — Casa de Gobierno.

debe estar convencida de que la conclusión de la Cárcel y Casa Municipal de esta ciudad, con los solos provenientes municipales, es bastante difícil por ahora, y de que para realizar este pensamiento se hace necesario adoptar una economía rigurosa y esperar mucho años todavía su inauguración."

La fábrica continuó paralizada hasta que el general Sutherland, como Presidente del Zulia, contrató su continuación, quedando concluida en Marzo de 1868 la parte que hoy está en servicio. Los gobiernos subsiguientes se han limitado á su conservación y á ornamentar sus salones principales.

Cuadros de Venezuela

POR
A. GOERING

MARACAIBO

ML aspecto de la costa Noroeste de Venezuela, tan desnuda y solitaria, es la antítesis de la sierra pintoresca cubierta de espesos bosques que se extiende por las costas de Puerto Cabello, Caracas y de Paria, al Este. Al entrar con buena mar en el golfo siempre agitado de Maracaibo, sólo descubre la vista á ambos lados playas arenosas, cuya monotonía vese interrumpida acá y acullá por algunos cerros y lomas bajas y aisladas.

Forman el golfo de Maracaibo dos penínsulas que se adelantan en dirección Norte: la del Oeste es el país de los guajiros, indios independientes y no civilizados; al Este se encuentra Paraguaná y la costa de Coro. Los colosales bancos de arena que forman la barra, tan temida de los marinos, dificultan la entrada en el golfo por la parte Sur, bastante peligrosa sin la dirección del práctico del puerto; mucho más peligrosa empero es la salida, porque entonces el viento es contrario y no pocos buques de los que calan menos de diez pies, han varado en estos bancos y naufragado, como he tenido ocasión de presenciar y experimentar, pues pasajeros y tripulación nos vimos obligados á abandonar la nave que nos llevaba, y á los pocos días ya la habían hecho astillas las olas impetuosas. Sólo los vapores pequeños, como, por ejemplo, los de la sociedad hamburguesa-americana, que navegan entre Maracaibo y Curazao, ofrecen completa seguridad.

Dirigiéndose con mar bonancible hacia el Sureste, se llega á la fortaleza de San Carlos, edificada cuando el pabellón de Castilla ondeaba en aquellos países. Está fundada sobre una isla estrecha, larga y separada de la tierra firme sólo por un pequeño río. Antes de llegar á esta fortaleza se encuentra otra isleta llamada *El*

Bajo seco, donde medran unos cuantos mangles. Una perspectiva muy pintoresca ofrece la isla Toas, cubierta de elevados mangles y situada al Sureste de San Carlos, y de aquí penetra una lengua de tierra á gran distancia dentro del golfo, cuyo extremo lleva el nombre de Punta de las Palmas, nombre derivado de los magníficos bosques de cocoteros que hermocean sus orillas. Desde la Punta de las Palmas hasta San Carlos se extiende el *Tablazo*, donde la profundidad es tan poca, que los buques rozan con sus carenas el fondo limoso, dejando tras sí un rastro amarillento que sube á la superficie. Más de medio día se necesita para llegar á Maracaibo, que desde el lado del golfo impresiona agradablemente, á pesar de que el paisaje carece de perspectiva, á causa de la escasa vegetación que produce el suelo poco ondulado, arenoso y seco, cubierto sólo de maleza, clumbebras y pitas: en vano se busca allí un árbol bajo cuya protectora sombra podría el caminante librarse de los ardorosos rayos del sol tropical, y que interrumpiese la monotonía del paisaje.

La disposición de la ciudad y el carácter de los edificios, todos los cuales parecen cortados sobre un mismo patrón, sólo que van siendo más pequeños y pobres á medida que uno se aleja del centro, son los mismos que en otras partes de Venezuela y ofrecen muy poco de notable bajo el punto de vista arquitectónico. Las calles arenosas están sin empedrar, y en muchas partes se buscan en vano las aceras; pero no deja de ser interesante la hermosa Plaza Mayor, remozada, magníficamente enverjada y adornada con hermosos cuadros de flores cruzados por anchas calles; en el centro queda un ancho espacio donde antes se levantaba una estatua que representaba á Bolívar y que no guardaba proporción con el terreno, pues sólo tenía cosa de un metro de alto. Allí toca por las noches, siempre bellas en aquel país, una banda de músicos negros, que entretiene agradablemente al público con su buen repertorio, en el cual figuran las piezas modernas y aires nacionales de todas las naciones. Á un lado de la plaza está el Palacio de Gobierno y en uno de los ángulos la Iglesia Mayor.

Las casas más notables se encuentran frente al puerto; son de varios pisos, con azoteas, elegantes balcones y miradores. Este es el barrio mercantil y donde viven los extranjeros establecidos en Maracaibo, en cuyas manos se halla concentrado casi todo el comercio. Allí está también la Aduana, tan importante por la renta considerable que da al Gobierno.

En el muelle recibe el europeo la primera impresión de la vida y carácter de una ciudad mercantil en un clima tropical. Multitud de hombres de color, semi-desnudos, se ocupan en la descarga de los buques y en el embarque de géneros del país; innu-

merables sacos llenos del mejor café esperan su traslación á bordo, formando como largos baluartes; barcas y lanchas cargadas hasta flor de agua van y vienen desde los buques al muelle ó vice-versa; dependientes y agentes de las casas de comercio de la ciudad, en traje americano enteramente blanco, inspeccionan las operaciones ó están discutiendo con los empleados y vistas de la Aduana, llevando siempre en una mano su parabol de grandes dimensiones.

Por la mañana es cuando se observa más movimiento, porque entonces el mercado que se establece en la gran plaza que hay entre la Aduana y el puerto reúne á multitud de gentes; pero mucho antes de amanecer, ya se oye golpear á las lavanderas de color, metidas hasta las rodillas en el agua, y que acaban con el dulce sueño matinal de las personas que viven en las cercanías y aun no están acostumbadas á ese ruido desesperador. Á los primeros rayos del sol empieza en el mercado la bulla y animación: lanchas cargadas con los productos del país se arriman una al lado de otra en el puerto para ser varadas á la izquierda del muelle; en la plaza y playa se arman aquella confusa gritería y barullo propios de un mercado donde se mueven en confusa mezcla representantes de las razas y tipos más opuestos del género humano: negros, mulatos, indios, zambos, mestizos y otros se dan prisa á colocar y extender sus productos, y en un abrir y cerrar de ojos se ha cubierto aquel extenso arenal de todo género de frutos tropicales. Y no es menor el movimiento y aparente confusión en las aguas del puerto, que sólo cesa cuando los vendedores tienen ya sus géneros en tierra y dispuestos para la venta: hasta entonces es de ver cómo las lanchas y otras pequeñas embarcaciones costaneras se cruzan y entrecruzan para llegar á tiempo al puerto. ¡Qué aspecto tan delicioso ofrece después de tanta confusión la plaza con sus indescriptibles riquezas agrícolas, propias de aquellos climas!

Allí se ven montañas de doradas naranjas alternando con otras formadas de piñas de América y de plátanos, algunos de éstos en racimos tan grandes que sólo un hombre muy robusto puede llevarlos; tampoco faltan ñames, batatas y otros tubérculos farináceos y dulces, y detrás de las mesas de carne, sitiadas por innumerables insectos, tiene su puesto la caza, ó sea gamos pequeños, liebres, palomas de bosque, pichones y toda clase de aves; pero también al lado de tortugas grandes vense lagartos y otros animaluchos extraños; completando el indispensable surtido de provisiones culinarias del maracaibero, una gran variedad de pescado. Vienen después las golosinas y dulces, perfectamente elaborados, aunque sean vendidos por negras ó mulatas cuya limpieza deja bastante que desear. Agréguese á todo esto las tiendas

y puestos ambulantes con los productos y artefactos de la industria nacional, como son alpargatas, abarcas, sombreros de paja, hamacas y otros. Las frutas vienen en su mayoría de Zulía, parte meridional del golfo, porque los alrededores y cercanías de la ciudad son, como ya he dicho, sumamente estériles. ¡Qué ganga para el estudiante de antropología el espectáculo de esa multitud compuesta de tantos tipos que se entretienen en alta voz, con su viveza y movilidad meridionales, sobresaliendo de cuando en cuando, en el ardor de la conversación, algunas de aquellas robustas interjecciones del idioma español, tan reñidas con la cultura moderna! Pero lo que más excita la curiosidad son los guajiros ó campesinos indios que traen caballos para vender. Estos hombres nervudos y de ancho pecho, habitualmente desnudos hasta la cintura, que llevan su negro y áspero cabello sujeto alrededor de la cabeza con un cordón artísticamente trenzado, se mueven silenciosos por las plazas y las calles, á menudo acompañado de sus mujeres y prole. En la fisonomía se parecen á los indios del Nordeste de Venezuela, pero su color es más oscuro y semejante al de los chaimas de Caripe. Sus mujeres visten, cuando van á la ciudad, una especie de camisa ó bata larga y ancha, casi siempre de percal listado y que forma abundantes pliegues alrededor de su cuerpo. Traen para vender los productos de su trabajo manual, labrados con gran arte y consistentes en hamacas y otros trabajos reticulares de cordelería.

Quise hacer un bosquejo con el lápiz de uno de estos indios, que no entendía el español y que pude determinar á pararse un ratito, con sólo enseñarle un peso, pero muy pronto tuve motivo de arrepentirme de mi afición al dibujo, y será la primera y última vez que la pondré en práctica entre guajiros. El hecho es que las mujeres y niños que acompañaban al individuo en cuestión no quisieron conformarse con la sesión y empezaron á llorar á voces, ya que estas gentes, como muchos otros indios, creen que les puede parar mal si se dejan retratar, cosa que yo ignoraba. No tardé mucho en saberlo, porque su llanto atrajo algunos espectadores ginetes en borricos y otros á pie, quienes me iban encerrando en un círculo cada vez más estrecho, hasta el punto de que fue necesario que acudiese un jefe de policía con algunos soldados para mantener el orden. Confieso que estoy resuelto á no volver á hacer más estudios artísticos en medio de la calle.

De la importancia mercantil de Maracaibo se podrá juzgar fijándose en los siguientes datos estadísticos relativos al movimiento de exportación de su puerto, que me fueron comunicados por un comerciante principal de aquella plaza, y se refieren al año 1877, durante el cual se exporta-

ron 742 sacos de á 120 libras de cacao, 231,820 sacos de á 130 libras de café, 18,195 kilogramos de bálsamo de copaiba, 3,693,827 kilos de palo amarillo, 3,458,371 kilos de dividivi (fruta en forma de vainas del árbol del mismo nombre, que contienen gran cantidad de tánico y ácido tánico), y 4,533 sacos de quina. Por supuesto que en un país de revoluciones crónicas como son todas las repúblicas de la América española, el tráfico está sujeto á grandes oscilaciones.

Las casas de comercio se encuentran en la calle del mismo nombre y en dos otras laterales inmediatas al puerto.

Por lo demás, en Maracaibo se conocen pocas enfermedades, á pesar de ser una ciudad situada en uno de los puntos más cálidos de la zona tórrida y de que faltan aguas potables corrientes y de manantial, porque en las casas más acomodadas beben agua de lluvia que recogen en cisternas, mientras que los pobres se sirven del agua del lago, que sólo empieza á ser salobre en la proximidad de la barra. Hasta faltan allí aquellos grandes charcos y pantanos cuyas emanaciones hacen tan insalubres á muchos distritos de la república; y las calenturas que atacan comunmente á los que llegan por primera vez á Maracaibo, especialmente á los habitantes de las cordilleras que suelen visitar la plaza con objeto mercantil, no son peligrosas.

Como punto de recreo cuéntase el llamado *Club del Lago*, á la derecha de la Aduana é inmediato al lago, con un lindo jardín sombreado por cocoteros, donde hay un excelente sitio para bañarse y donde se reúnen por la noche venezolanos y extranjeros, muchos de ellos enlazados por el matrimonio; pero la principal distracción de esos habitantes son los *haticos* ó quintas de recreo, que los maracaiberos de buena gana rodearían de jardines y flores, si el suelo arenoso lo permitiera. Estos haticos están en frente de la ciudad, en medio de un bosquecillo de cocoteros, también á orillas del lago, con gran número de casas de baño unidas á la tierra firme por puentes bastantes largos. Allí, particularmente los domingos, cuando los rayos del sol doran las copas de los cocoteros, se anima todo: ginetes elegantes sobre ligeros caballos guajiros vienen de la ciudad en compañía de criollas graciosas y de negros ojos que gobiernan sus monturas con suma habilidad, y todos son recibidos por sus amigos y parientes, que los esperan en los haticos: cuando el calor empieza á molestar, se reúnen en el interior de las casas hábilmente construídas para las exigencias del clima abrasador. Después del almuerzo se hace la siesta en la hamaca y hacia la tarde vuelve á animarse todo. Muchas lanchas y botes entretienen también la comunicación por el lago entre la ciudad y los haticos, durante la travesía de diez á

quince minutos. Algunas veces se hacen giras por el lago durante las hermosas noches de luna.

Interesantes son también las excursiones en dirección al Norte de la ciudad, ó sea á Santa Rosa y á Capitán Chico, donde se encuentran las construcciones lacustres, levantadas sobre estacas, y que habitan los guajiros semi-civilizados. Tan pronto como éstos ven algún ginete en la orilla, bajan de sus chozas aéreas y en canoas hechas de troncos de árboles van á recibir á los forasteros para invitarles á pasar á sus casas, lo que tácitamente hacen en la suposición de recibir una propina. El agua en este punto es tan poco profunda, que, cuando las canoas van algo cargadas, los indios han de empujarlas por detrás. Se sube á las chozas por una especie de escalera hecha de un palo ó tronco y fabricada á hachazos. Casi todas las chozas están unidas entre sí por medio de puentes también aéreos. El interior es muy lindo y ofrece un cuadro interesante. Luégo que los visitantes han llegado arriba, acuden los vecinos, hombres, mujeres y niños, y acurrucados todos en el interior de la choza empieza la alegre conversación, en la cual suelen descollar las jóvenes indias, quienes con su amabilidad alcanzan fácilmente algún regalillo á la despedida, pues los indígenas que hablan el español no son lerdos en cuestión de dinero, cuyo valor saben apreciar, ni tampoco son ya indios de sangre pura y sin mezcla, como lo manifiestan muchos de aquellos rostros. Las construcciones lacustres son muy numerosas á orillas del lago y forman en muchas partes verdaderas poblaciones que ofrecen, especialmente en noches oscuras y cuando se reflejan las luces del interior en las tranquilas aguas, un espectáculo muy curioso.

Como la ciudad de Maracaibo no produce nada, á causa de la esterilidad de su suelo, siendo sólo depósito y puerto para los productos que vienen del interior, hay que hacer frecuentes viajes á estos puntos, especialmente á las provincias de Mérida, Trujillo, Táchira y aun hasta el país de Cúcuta, en Colombia, donde también se consumen los géneros importados del extranjero. De allí viene el café que en el comercio se conoce con el nombre de maracaibo.

De la orilla meridional del lago arrancan las tres comunicaciones principales con el interior al través del llano de Zulía hasta las mesetas: una por el río Catatumbo, que es el camino más largo, y que une los distritos de Cúcuta con el lago; cerca del río Escalante, que desemboca en San Carlos, hay el segundo camino ó vía terrestre; y el tercero, que conduce á las provincias de Trujillo y Mérida, arranca de los puertos de Moporo y La Ceiba. El tráfico entre éstos y Maracaibo se hace por pequeñas embarcaciones, que emplean unas, veinticuatro horas para llegar de un

punto á otro¹ y tienen por tripulación á naturales del país de color, muy prácticos del mar y de sus caprichos, que no son pocos, porque, sin contar los repentinos chubascos que como ráfagas barren y alborotan la superficie, degenerando frecuentemente en peligrosas tormentas, y que lo serían aún mucho más sin la pericia y conocimientos del patrón que á la primera señal se refugia en una ensenada conocida, no son tampoco raras en aquellas costas las terribles mangas de agua. Cuando soplan los vientos del Oeste arrojan hacia la costa los enjambres de insectos que como nubes pueblan los pantanos y bosques de Zulía.

Aprovechando para hacer esta excursión la compañía de otras personas cuyos negocios les llamaban á

visitar sus corresponsales de las cordilleras, llegámos, después de una corta travesía entre las dos orillas bastante próximas aun del lago, hasta la Punta Icotea, donde se ensancha repentinamente su superficie como un mar. El Sol se había puesto, ofreciéndonos el espectáculo sublime propio de aquellas latitudes, y la noche cubría ya la tierra y el mar con su misteriosa oscuridad. Entonces nos sorprende un fenómeno indescriptible de la Naturaleza: haces gigantescos de fuego se elevan en dirección Sur con la rapidez de la electricidad, sucediéndose incesantemente á manera de relámpagos y alternando sus fulgores deslumbrantes con la oscuridad más tétrica; el trueno que acompaña estas descargas, se repite varias veces todas las noches, llega hasta nues-

tros oídos y nos hiela la sangre. Los marinos llaman á este fenómeno *Fuegos del Catalumbo*, los cuales tienen su origen en las regiones pantanosas y encima de los bosques vírgenes y sin límites que cubren el llano de Zulía. Estos fuegos se ven muy bien, no obstante la distancia que media desde el golfo.

Al romper el día nos aproximámos á la costa del Sur, que forma un sin número de ensenadas y calas á cual más pintorescas, y casi siempre orladas de palmeras y otros árboles gigantescos de los bosques vírgenes, cuya gran variedad, riqueza y pompa natural al reflejarse en el lago no pueden expresarse. Aves acuáticas no vimos muchas, si se exceptúan las palomas de mar, las gaviotas y pelícanos; á inmensa altura observámos



Vista de la bahía de Maracaibo en un día de regatas.

á veces una de las llamadas fragatas. Cerca de Bajo Seco se nos apareció un caimán de grandes dimensiones, y desde este punto empieza ya á manifestarse la vida animal con su indescriptible riqueza. Enjambres de papagayos y loritos, entre los que se distinguen por su gritería los grandes guacamayos ó aros encarnados, revolotean encima de los bosques; óyese á lo lejos el sordo bramido de una especie de mono descomunal, y en las orillas pantanosas campan innumerables aves acuáticas y otras que se mantienen cerca de los ríos y lagunas, mientras que los caimanes pueblan las bahías y recodos, donde se ven también manatíes ó vacas marinas.

¹ Se *hacia* cuando nos visitó el autor (1873); pues hoy se hace ese tráfico en cómodos buques de vapor. (Véase EL ZULIA ILUSTRADO núm. 7)

Pero, ¡cuán prodigiosos son en variedad y número los animales que habitan el interior de las selvas, aunque éstas parezcan silenciosas y solitarias, cuando el Sol está en la mitad de su carrera! Sobre este océano de árboles se eleva magestuosa la cordillera con sus ásperos páramos y las cumbres del nevado de Mérida, que forman el grandioso fondo del cuadro.

Por desgracia, este país, cubierto de selvas, es el más insalubre de Venezuela.

Los caminos que conducen de la costa al interior y que atraviesan los bosques, no son carreteras formales ni menos calzadas. Eran en un principio senderos ó caminos de herradura abiertos en el laberinto de árboles, que se han ido ensanchando á medida que se han visto más frecuentados

por tragineros, ginetes y carros, hasta adquirir el carácter de carreteras. Al mismo tiempo se establecieron á derecha é izquierda algunos colonos que derribaron árboles para roturar la tierra, y el viajero encuentra en su penosa marcha trechos cultivados y feracísimos donde medran el maíz, la caña dulce, el manioc y el banano. Allí encuentra el viandante lo que necesita en las pulperías, tiendas donde se vende de todo y naturalmente bebidas, en especial las nacionales, como el guarapo hecho de la caña dulce. También nosotros nos refrezcámos y continuámos después nuestro camino á la sombra de árboles gigantescos. ¡Desgraciado de aquel que ha de hacer el viaje en la estación de las lluvias! Entonces todo se transforma en un mar de barro líquido donde se hunden hasta la mitad los

ganados, y sólo haciendo increíbles esfuerzos logran salir de los baches y lodazales cubiertos de hojas y ramas secas desprendidas de los árboles. Cuando se hace un pequeño rodeo apartándose de la carretera para encontrar un paso más firme, sucede á veces otra cosa peor, pues los animales quedan entonces enredados y metidos con sus cargas como cuñas entre troncos de árboles y lianas: la liana convierte las selvas tropicales en un único é impenetrable tejido. Así viajan entre lodo, malezas, ramas y troncos caídos las numerosas recuas con sus cargas de café y otras mercancías, y los conductores semi-desnudos, todos cubiertos de barro, andan penosísimamente al través de la selva, llevando el eco á grandes distancias los gritos con que los recueros animan á las bestias.

No quiero cerrar este bosquejo sin pagar aquí un muy merecido tributo de gratitud á los maracaiberos por su hospitalidad atenta, su buen carácter y finura.

L. Escrivá.

Estatua del general Rafael Urdaneta

Por Resolución del Ejecutivo Seccional del Zulia, fecha 10 de Julio de 1888, se dispuso la creación de una hermosa plaza pública con jardín, en el terreno conocido con el nombre de *El Circo*. Para el efecto se nombró una junta de fomento, se compró y demolió un edificio viejo que ocupaba el centro del área destinada al nuevo paseo, y se procedió á nivelar y preparar el terreno.

Con fecha 3 de Agosto de 1888 el Ejecutivo Federal, "para cooperar en nombre de la Patria, y de una manera digna á la fiesta conmemorativa del primer centenario del General en Jefe de Colombia Rafael Urdaneta, Prócer de la Independencia Americana", decretó la erección en esta ciudad y en la plaza que designara el Gobierno Seccional, de una estatua pedestre de bronce que representara en tamaño natural y en traje militar al general Urdaneta.

El Gobierno del Zulia designó la nueva plaza, con el nombre de Plaza Urdaneta, para colocar la estatua, y se pidió ésta al extranjero con el propósito de erigirla el 24 de Octubre del presente año; pero habiendo llegado el bronce sin pedestal por un accidente ocurrido en la fundición, el Ejecutivo Seccional ha fijado el día 8 de Diciembre del presente año para inaugurar la hermosa plaza y la estatua del Prócer.

Hoy ofrecemos á nuestros lecto-

res el grabado que representa la estatua del héroe; y gracias á *EL ZULIA ILUSTRADO*, tendrán exacta idea de aquel monumento antes de haber sido erigido.

Descripción de la Laguna de Maracaibo

HECHA POR

RODRIGO DE ARGÜELLES Y GASPAS DE PÁRRAGA

— AÑO 1579 —



En la ciudad de Nueva Zamora, laguna de Maracaibo, á 15 días del mes de Junio de 1579 años, Rodrigo de Argüelles y Gaspar de Párraga, al-



MARACAIBO.—Plaza Urdaneta. Estatua del general Rafael Urdaneta.

caldes ordinarios por Su Magestad, personas que fuimos nombradas por el Cabildo desta dicha ciudad para sacar una relacion y traza de la laguna por una instruición que el señor gobernador D. Juan Pimentel, gobernador desta gobernación de Venezuela, envió al Cabildo desta ciudad para que por ella le sacasen la traza desta laguna y provincia, y juntándonos y tratando las cosas que esta provincia habia para que vayan en la dicha relación, y así sacamos la laguna pintada como va con esta relación, con sus ríos, islas, pueblos de indios y su tierra firme á la una banda, y á la otra sabanas; y para entenderse cuál es la boca de la laguna que sale á la mar y en qué comedio está esta ciudad é cuáles son islas é ríos y pueblos de indios, abriendo la traza, hase de mirar por los escritos que cada uno tiene: las islas y pueblos están redondos, á manera de los ríos, que señalan más

largos, son los más caudalosos; los puntos que van en esta traza son leguas que vienen á ser ochenta de box de largo: desde la boca de la mar á la boca del rio de Pamplona son treinta leguas.

1º Llámase esta provincia donde está esta ciudad fundada Maracaibo, por un indio principal que hubo en esta laguna, y de allí quedó el nombre á esta provincia laguna de Maracaibo.

2º Descubrióse esta laguna y provincia cuando los Bersares entraron en esta gobernación y enviaron á esta provincia sus capitanes y estuvieron rancheados por encima de una salina mucho tiempo y al fin desampararon la tierra, habiéndola destruido con los esclavos que se hacían; después entró el capitán Alonso Pacheco á poblar habrá diez años, y estuvo cinco años, los dos corriendo la provincia y los tres poblados, y al cabo de los cinco lo des pobló y entró el dicho capitán Alonso Pacheco con los poderes de don Pedro Ponce de León; después de haber des poblado el capitán Alonso Pacheco entró el capitán Pedro Maldonado, vecino que habia sido en esta dicha ciudad, con poder del gobernador Mazariegos, á poblar, y entró en la dicha población y conquista el año de 74 años.

3º Es el temple desta ciudad caliente y seco y de pocas aguas; son las aguas, de Agosto hasta el mes de Diciembre; de ocho leguas arriba desta ciudad, en los términos desta provincia, es el temple mudado, que son las tierras calientes y húmedas, y lo demás del año hay aguas; los vientos que acontinan en esta provincia, son cuatro del Norte, y este viento es recio y furioso, y este viento entra deste Mediodía hasta dos ó tres horas de la noche y á veces más; entra por Norte y acaba por Nordeste, y en Leste hay otro viento que llamamos birazón, que viene del Sur; este es viento apacible, sano y amoroso; es un viento que, corriendo la laguna por cualquier costa, bate, y entiéndese que se engendra y sale del Mediodía de la laguna, porque se halla para navegar tan bueno por la una costa como por la otra, acontinúa todos los días y sale desde por la mañana hasta mediodía, y á veces dura más por falta de los otros vientos, y á temporadas se muda y entra la birazón de mediodía hasta la noche y el Norte de la mañana hasta mediodía, y este viento Norte recalca arriba desta ciudad ocho ó nueve leguas, y desde allí al cabo desta laguna corre de ordinario la birazón, y de media noche hasta la mañana hay terrales entrambas costas, de manera que por cualquiera dellas se puede navegar.

4º Es esta provincia llana, y el asiento desta ciudad llano y de grandes sabanas, y no hay ríos ni fuentes en ocho leguas alrededor; sustentase de agua de la laguna; á seis y ocho leguas desta ciudad hay montes bajos y llanos fértiles de muchos y grandes pastos, falta de frutas, si no son dos géneros de frutas, que son datos y brevas, que las dan unos árboles no muy altos y sin hojas, y estos árboles echan unas ramas; el pie y ellos, cuajados destrellas de espinas, llamamos estos árboles carones; y la provincia, no muy fértil de comidas, por la sequedad de la tierra, aunque arriba desta ciudad, en la tierra de los indios, hay muchas comidas.

5º Es esta provincia de pocos indios de agua; la tierra es algo más poblada; fue provincia muy poblada de indios, hasta que los Bersares entraron en ella, y éstos la despoblaron con esclavos que della sacaron y con otros daños

que se les hicieren; los indios que al presente hay en esta provincia están poblados en pueblos formados, y los indios que viven y habitan en el agua tienen sus pueblos fundados sobre el agua, hechos sobrados sobre el agua, y sobre ellas fundadas las casas; es gente delicada denticamiento, inclinados á la libertad, amigos de hablar la lengua española; precianse de andar vestidos; gente enemiga del trabajo por el gran vicio que tienen del pescado; la gente del agua sirve de canoas, y las de tierra sin ellas; en el agua hay cuatro lenguas diferentes, aunque parte de los indios se entienden; en la tierra hay siete lenguas en comarca de veinte leguas; son lenguas que no las entienden los unos á los otros si no es con entrepete; parte dellos tienen guerra los unos con los otros.

6° Está fundada esta ciudad en nueve grados; no se alcanza más por ser pueblo nuevo.

7° Estará esta ciudad de Santo Domingo trecientas leguas, poco más ó menos, que donde reside la Real Audiencia; habrá ochenta leguas á la ciudad de Santiago de Caracas, donde el Gobernador al presente reside; otras veces reside en otros pueblos según que le parece.

8° Habrá desta ciudad treinta leguas á la ciudad de Trujillo, las diez y seis por agua, las catorce por tierra llana, lo más della buena y apacible de caminar; las leguas no grandes; y está la ciudad de Trujillo con esta ciudad al Sursudueste, está la ciudad de Coro con esta ciudad cuarenta leguas pequeñas, camino llano y bueno de caminar; estará Coro con esta ciudad al Nordeste; á su Sudoeste estará el Cabo de la Vela, desta ciudad otras cuarenta leguas por camino llano y bueno de caminar de verano, é de invierno es dificultoso de caminar á causa de los muchos pantanos que hace ésta con esta ciudad; Lesteueste está la ciudad de Mérida; desta ciudad, de Noroeste á Sueste, estará de esta ciudad de Mérida treinta y ocho leguas, las veinte por agua y las demás por tierra áspera y serranía mala de caminar; estará la ciudad de Pamplona desta ciudad de á Nortesur, corriendo del Norte á Sur, y estará de camino cincuenta leguas no muy grandes; camínanse las veinticuatro por la laguna hasta la boca del río de Pamplona, y las otras veinte y seis por el río arriba hasta el puerto de Pamplona; es bueno de navegar y apacible y sin riesgo; estará la villa de San Cristóbal deste puerto de Pamplona siete leguas, la mitad de serranía no alta y la otra mitad llana, todo ello bueno y apacible de caminar. Estará la villa de San Cristóbal con esta ciudad casi Norte Sur; estará la ciudad del Espíritu Santo con esta ciudad Noroeste Susudoeste; camínandose por la ciudad de Mérida es camino fragoso y malo de caminar, mas púedese navegar por el río de Pamplona hasta el río de la propia ciudad del Espíritu Santo.

9° Llábase esta ciudad la Nueva Zamora, y llámase porque el capitán Pedro Maldonado, que la fundó, por ser el gobernador Mazariegos, con cuyos poderes y cuyo mandado la pobló, era de la ciudad de Zamora, y por este respeto la puso la Nueva Zamora. Llamóse Ciudad Rodrigo en tiempo que el capitán Alonso Pacheco la tuvo poblada, hasta que la despobló, por respeto que el dicho capitán Alonso Pacheco era natural de Ciudad Rodrigo: en tiempo que el capitán Alonso Pacheco la entró á poblar, metió cincuenta hombres, y después que la despobló entraron con el capitán Pedro Maldonado treinta y cinco hombres, hicieron treinta y siete vecindades al tiempo que se repartió la tierra, y agora al presente hay treinta vecinos, y fundóse esta dicha ciudad esta vez segunda el año de 74 años.

10. Es el sitio de esta ciudad llano, y de lo

llano desta comarca lo más alto, como en la traza verán.

11. Es el asiento desta ciudad muy sano, y de otros pueblos se vienen á curar á ella por causa de ser los aires muy sanos, como arriba se dice.

12. Estará la cordillera de los Jiraaras y la Sierra de Mérida desde ciudad veinticinco leguas: estará la cordillera de los Jiraaras mirando para el sol, y la de Mérida con esta ciudad Norte Sur, hay otra sierra que acá llamamos de los Aratomos, y está cerca esta ciudad Leste Ueste de camino veinte leguas: todo lo demás redondez desta ciudad es tierra llana.

13. Los ríos principales que entran en esta provincia y laguna es uno el río llamado el Socuy; es río grande y caudal, hace tres leguas de la boca donde entra en la laguna muchas ciénegas ya lagunas, especial una laguna honda; están poblados cuatro pueblos de indios en la propia agua, hechas sus casas é sobrados altos. Hasta cuatro leguas desta ciudad, corriendo la costa de Lueste, está otro río llamado Harinas, que un río que anega mucho; desque llega á lo llano, es caudal; está catorce leguas desta ciudad: por esta propia costa está otro río llamado el Espíritu Santo; es un río caudal y manso; habemos entrado por él con los barcos; cuarenta leguas está despoblado; está veintidós leguas desta ciudad: corriendo por los puntos desta traza Norte al Sur, está otro río llamado Nuestra Señora de la Candelaria; es un río muy caudal y muy grande navegable; baja de la ciudad de Pamplona; podría venir muy gran provecho á S. M. si se navegase, porque las ciudades arriba dichas están en la comarca desta laguna, no tienen sacas de los frutos de la tierra y sus granjerías, y navegándose esta laguna y río de Pamplona podíanse sacar muchas harinas y bizcocho, y jamones y tocinos, y mucha ropa de algodón, y corambre y azúcar, y cacao y otras muchas granjerías de que podría venir gran provecho á S. M. fuera destes: por el propio río de Pamplona pueden entrar mercaderías hasta el Nuevo Reino con menor riesgo y costa que por otra parte.

14. Hay en los términos desta ciudad una fuente de mene que mana como agua y sale á borbollones y hirviendo, y alrededor destes materiales se hace laguna y se cuaja en forma de pez. Esta sirve de brear los navios, y opinión de la gente de la mar es mejor que la brea para el efecto de brear, é también sirve para algunas curas, y entremetiéndola con cera y otras grasuras se hace dello velas; también sirve para pavonear espadas y otras cosas; es un metal y un betume negro, y después de frío duro como pez; hay dello cuatro fuentes en esta provincia; hay en cada una de las fuentes que se puede cargar muchas naos para otras partes, y si algún animal ó ave pasa por las dichas fuentes al tiempo que el sol va en su fuerza, se queda apegado y allí muere y se seca en el dicho mene.

15. Hay en esta comarca desta dicha ciudad mucha madera de mangle; puede servir y sirve para enmaderar casas, y es madera perpetua: hay mucha vera y guayacán y otros árboles que llamamos debidibes; éstos echan una fruta con que por acá se curte, y á opinión de los oficiales del oficio de curtir, es esta fruta mejor para su oficio que ningún otro género de cosa; hay della tanta cantidad, que se podría sacar para otras partes: hay mucho brasil y muy fino; también hay en esta provincia muchos cedros colorados y blancos de que se puede hacer y hacer tabazón, y de que los indios naturales hacen sus canoas: hay también unos árboles que acá llamamos uveros, y echan

una fruta á manera de uvas de España, por cuyo respeto se llaman así, y es una fruta que es buena de comer y tiene cuesco, y estos árboles sirven para barcos y naos grandes, entiéndese para las cuadernas y ligazón: también hay otros árboles que echan una fruta que le llaman caymitos, que son buenos de comer, y es una fruta pequeña y negra, poco mayor que aceitunas: también hay en esta comarca unos árboles que echan una fruta que acá llamamos caymitos, y la cáscara es muy dulce desta fruta, y lo de dentro á manera de avellana, y cómese asada y cocida, y los indios naturales se sustentan con esta fruta una temporada del año: también hay en esta comarca otros árboles que echan una fruta que acá llamamos aceitunas, muy buenas de comer, y es una fruta negra con cuesco, y del tamaño y manera que de las aceitunas de España: también hay otros árboles que acá llaman supiros, que echan una fruta pequeña á manera de nísperos, que gustosa de comer, y hay otra fruta que el árbol á manera de cabo; son unos racimos grandes de á palmo y de á dos palmos, que hacen los naturales della vino á temporadas, como las uvas, que una fruta amarilla del tamaño de limones sotis; cómese esta fruta cocida y asada y cruda; ésta, comida, en ayunas, mata las lombrices; va esta fruta engerida en sus racimos, como arriba se dice.

16. Y por ser esta tierra nueva no se han plantado árboles de España: entiéndese que se dan algunos.

17. Por ser la tierra nueva no se han experimentado las semillas del trigo ni otras, más que se dan berengenas y coles razonables, y rábanos y pepinos y melones.

18. Cúranse los indios desta provincia las llagas y heridas con lavarse con agua cocida con unas hojas de unos árboles que llamamos obos, con grande dieta que tienen: también hay en esta provincia muchos animeques á manera de incienso, mas de que más blanco y tiene suave olor, y sirve también para cuando hay dolor de cabeza; sahumándose con él mitiga el dolor; esto se coge de unos árboles que hay en esta provincia entre los que hay en los montes.

19. Hay en esta provincia gran suma de venados, tanto, que se sustenta y ha sustentado esta ciudad con la caza dellos, y se lleva cantidad de cueros para los demás pueblos comarcanos á esta ciudad: también hay muchos puercos de monte: también se da en esta tierra el ganado vacuno, porque se cria muy grueso, y las novillas de á dos años vienen en esta tierra paridas, y es tan buena tierra para ganados, que ha acaecido en esta tierra matar toro andando con atajo de vacas y sacarle más de siete arrobas de sebo y grosura: dase también la oveja y la cabra, é criase el ganado cabrino y ovejuno, que todo es sebo; multiplica mucho, todo lo más pare de dos en dos; criase bien: hay en esta provincia muchas perdices y palomas y tórtolas bravas, papagayos y otros pájaros colorados y otros amarillos y blancos y negros; hay muchas garzas y gaviñanes, y otras muchas aves de la mar que se sustentan de pescados.

30.* Media legua desta ciudad están unas salinas donde se coge mucha sal; más adelante un cuarto de legua está otra donde ansimesmo se saca muy gran cantidad de sal; adelante tres leguas desta ciudad está una laguna que se llama la salina rica; ésta se seca muchos veranos, y el año que se seca se saca gran suma de sal, porque queda grande el altor de la sal y es gran trecho, y cuatro leguas desta ciudad está otra

* Así en el original.

salina que se llama de los Saparos, donde se saca y se puede sacar gran suma de sal; hay otras salinetas, de que se podrá coger sal; aprovéchase la sal en la ciudad de Trujillo y la de Mérida; de sal de aquí, también todos los indios destes pueblos comarcanos á esta laguna se sustentan de sal de aquí, y desta sal se provee esta ciudad á trueque de maíz y bizcocho y harinas que se trae de Mérida y Trujillo.

31. Son las casas desta ciudad de paja y enea, porque la tierra es nueva y há poco que se pobló y no se ha podido hacer más edeficio: hoy para poderse edeficar hay mucha madera y piedra de cal y yeso y tierra para hacer teja y ladrillo.

33. Por ser esta ciudad nuevamente poblada no se ha hecho ni hay fortaleza; pero podráse hacer en langostura de la laguna; según va la traza de la dicha laguna, podráse hacer tan fuerte, que juegue de la una tierra á la otra.

34. Tienen los vecinos desta por contrato la sal, y esto es grande parte para sustentarse esta ciudad, porque no hay otros tratos al presente, por estar á la sazón tan pobres y gastados: podría haber gran trato mandando S. M. navegar esta laguna é rio de Pamplona: los naturales ansimesmo usan el contrato de la sal, y desto se sustentan gran parte de la provincia: de los naturales desta provincia no están acostumbrados hasta agora á pagar tributo, sino es á flechar, y con esta demora acuden muchas veces antes de tiempo hallando coyuntura.

35. Está esta ciudad en el obispado de Venezuela, y cae esta ciudad entre Trujillo y Mérida y Coro; hay cuarenta leguas á la ciudad de Coro, que es donde está la catedral; son leguas pequeñas y el camino llano y derecho.

36. Por ser esta ciudad nuevamente poblada no hay más que una iglesia.

39. Esta laguna es mansa y buena de navegar y no hay tormenta en ella; sucede algunas veces moverse algunos aguaceros, y éstos causan alguna alteración en ella, pero dura poco; no pasa de una hora, poco más.

40. Es la costa desta laguna playa y anegadiza; es costa mansa y afable de navegar sin peligro.

42. En el sitio do está esta ciudad fundada hay una valla grande; tiene un cuarto de legua de travesía; es fondable hasta siete ú ocho brazas; pueden estar cantidad de navios en la dicha valla ó surtos y las áncoras en tierra á la una parté, y á la otra toda esta laguna es b. . . y puntas, como por la traza se verá, etc.

43. Hay en esta laguna un puerto que se desembarcan para ir á Trujillo, y otro puerto que se llama el de Mérida, y el puerto de la ciudad de Pamplona, que se descubrió agora nuevamente por mandado de D. Juan Pimentel, gobernador desta gobernación; fue por capitán del dicho descubrimiento el capitán Juan Guillén; salió desta ciudad á hacer el dicho descubrimiento: también hay otro puerto en langostura desta laguna, donde se desembarcan y embarcan los que quieren ir y venir por tierra á Coro.

45. La barra desta laguna es de tres á cuatro brazas, y es la barra limpia, y toda la laguna, puertos y vallas della y suelo es limpio de arena y lama: es la barra desta laguna limpia y segura, sin topadero ninguno, y ansimesmo los demás puertos della.

46. Está la boca desta laguna al Norte, y con este viento se ha de entrar por la dicha barra y ha de salir con Sur y con viento Leste.

47. Es muy bastecida los puertos desta laguna de agua y leña, porque la laguna es dulce hasta la barra, y por la una costa y por la otra en este pueblo y puerto hay falta de refresco por ser la tierra nueva recién poblada. El

puerto de Pamplona, navegándose el río, alcanzarse ha mucho refresco, y bastimentos de harina y bizcocho y pan fresco y maíz y otros muchos bastimentos necesarios para la dicha navegación; ansimesmo del puerto de Trujillo y Mérida pueden tener y traer los bastimentos y refrescos de dichos pueblos Trujillo y Mérida; han salido ya navios cargados de harina y bizcocho y jamones y ajos y cordobanes y badanas y otras cosas.

48. Á la boca desta laguna hay una isla que parte la laguna en dos bocas, que de la una banda bate la laguna en ella y en la otra la mar salada: esta isla se llama la isla de Tua; no se alcanza porque es una isla alta en el medio, y por las faldas de lo alto es todo sabana; puede criarse en ella ganados y animales; en ella tendrá dos leguas de box; la una de las bocas que arriba decimos desagua á la mar dos leguas á donde desagua la otra; por la una dellas no pueden entrar sino barcos pequeños: mas arriba desta isla, enfrente desta ciudad, está otra isla que se llama la isla de Maracaibo; llámase así porque vivía el principal Maracaibo; en ella es baja y llana; terná una legua de box, no hay en ella otra cosa que poder decir: esta otra isla dista un cuarto de legua; llámase la isla de los Pájaros, porque hay en ella tanta multitud de pájaros de todo género, que quitan el sol y la vista á los que por ella pasan: toda esta isla es peña y tendrá de box un cuarto de legua. No va esta relación más copiosa por estar la tierra de guerra y por no haber naturales de paz de quien se pueda saber otras cosas. Acabóse de hacer á once de julio de mil quinientos setenta y nueve años. — *Rodrigo de Argüelles*. — *Gaspar de Párraga*.

Archivo de Indias. Est. 145, caj. 7, leg. 7.

Nuestros Orígenes.

DESCUBRIMIENTO. — CONQUISTA. — EPOCA COLONIAL Y EMANCIPACION POLITICA DEL ZULIA.

Hemos publicado en los números anteriores de EL ZULIA ILUSTRADO lo que Oviedo y Valdés trae en sus crónicas con referencia á Maracaibo y sus dependencias. Vamos á reproducir ahora algunos capítulos de las *Noticias históricas de las conquistas de tierra firme*, escritas por fray Pedro Simón por los años de 1623.

Después de un largo párrafo encaminado á probar que los habitantes de las costas participan de la turbulencia de las olas y de la fiera de los monstruos marinos, refiriéndose á los naturales de este lago dice:

«No tuvo menor verdad esto que en otras partes, en los moradores naturales de la gran laguna de Maracaibo, que aunque dulce en sus aguas, endulza bien poco los ánimos de sus moradores por la razón dicha, de la inquietud de sus oleajes. Habitan (como dejamos tocado) este lago innumerables indios, que corriendo igual fortuna con los demás que se han descubierto, el consumo fue tal en pocos días, que vinieron á minorarse á seis ú ocho naciones, que llaman Zaparas, Aliles, Eneales, Quiriquires, Parautes, Topocoros, Moporos y pocas más. Á todos los cuales les era tan fácil dar la obediencia á los españoles, por no tener intentos de cumplir lo que prometían, como de alzarse; y en especial se preciaban de esto los Quiriquires y Aliles, que habiendo dado una mala paz á sus principios, fueron encomendados á un Rodrigo de Argüello, vecino de la laguna de Maracaibo ó ciudad de la Nueva Zamora, por caer los pueblos y tierras de éstos dentro de su jurisdicción. Son una gente caribe, desabrida y de las condiciones que hemos dicho; con que acudían á servir á su encomendero,

royendo, como dicen, el cabestro, y deseando sacudir el cuello de toda servidumbre (como de hecho lo pusieron en ejecución por los años de mil y quinientos y ochenta — 1580), desampararon sus tierras yéndose la laguna arriba al Sur, hasta meterse en la boca del río Cúcuta, que es á los principios de ella, y de quien los tiene. La cual se navegaba por aquellos tiempos y algunos antes, con canoas y piraguas, desde la ciudad de la Nueva Zamora hasta quince ó diez y seis leguas de la de Pamplona, libremente y sin estorbo á sus principios; pero después que estos Quiriquires se pusieron en aquel paraje, desde donde infestaban el paso y navegación, no se podía hacer sin escolta de soldados, y aun esto alguna vez no bastó para librarse los que pasaban de sus manos fieras, pues navegando por aquel paraje el año de mil y quinientos y noventa y nueve el Capitán Domingo de Lizona, mercader, con razonable compañía de soldados en su defensa y de lo que llevaba, no pudo ser la resistencia de todos la que bastaba para defenderse de estos indios Quiriquires, que les embistieron no de emboscada ni á traición, sino cara á cara en mitad del día, y cercándoles sus dos canoas con las muchas que ellos llevaban, le quitaron más de veinte mil pesos de mercadería de Castilla, mataron á los soldados y á él lo dejaron mal herido de sus flechas, que son sus armas y no otras, que no pudo escapar con su vida dentro de pocos días.

«Alentados á mayores males con la victoria y despojo, se retiraron ya sin ningún temor de los españoles á sus antiguas tierras, donde de los terciopelos y telas ricas del pillaje, hicieron camisetas y mantas, y de los pasamanos de oro y plata, sogas para colgar las hamacas en que dormían. Tomaron á vueltas de lo demás una partida de puntas de alesnas de zapatero, que acomodaron luego para puntas de sus flechas; salieron algunos Capitanes con razonables tropas á castigarlos, y todos volvieron desbaratados, uno de manos de los indios, y otros por no serles posible detenerse en buscarlos en partes tan escondidas, como á las veces se metían en tierras tan lluviosas y húmedas, que pudriéndose los vestidos y matalotajes, les era forzoso retirarse de ellas; con todo eso, las buenas diligencias llegaron á poder reducir algunos á una mala paz, con que servían á su encomendero Argüello.

«Algunos años antes que cometieran este gran robo los indios (pues fue el de mil y quinientos y noventa y uno, por el mes de Diciembre), el Capitán Gonzalo de Piña Ludeña había poblado una ciudad, con nombre de San Antonio de Gibraltar, á la lengua del agua de esta laguna de Maracaibo, á la parte del Esté, veinte y cuatro leguas de la ciudad de Mérida al Norte, á donde se vino á vivir de los primeros pobladores, entre los demás, el Rodrigo de Argüello, encomendero de estos indios Quiriquires, y á donde le venían á servir desde sus tierras los de menos mal corazón, que duró poco tiempo después de la victoria que tuvieron con las canoas de Lizona, pues luego el año siguiente de mil y seiscientos (1600), habiendo determinado otra vez echar de sí aun el poco yugo de servidumbre que tenían, se juntaron con los Aliles y los de los Eneales, y determinaron venir á dar sobre el pueblo de Gibraltar, para concluir con cuentas de encomenderos, y poniéndolo en efecto, día de la Magdalena, veinte y dos de Julio, amanecieron sobre el pueblo, á la lengua del agua, más de ciento y cuarenta canoas, en que vendrían más de quinientos indios, que viendo los vecinos (habiéndolos cojido de repente, sin que se hubiese aun oido el alzamiento) no podían defender su

pueblo y personas, trataron los más, dejando aquél, poner en cobro éstas, acogiéndose como pudieron entre el bullicio del asalto al arcabuco, que fueron los más bien librados, pues á algunos que quisieron hacer rostro al enemigo, perdieron hacienda y vidas, pues pasaron á cuchillo á cuantos pudieron haber á las manos los indios, saquearon todo el pueblo y le fueron pegando fuego á todas las casas.

«Y queriendo que pasara por el mismo rigor la iglesia, entraron en ella, y estando unos robando todos sus ornamentos, otros se ocupaban en flechar con las flechas de puntas de alesnas un devotísimo crucifijo de julto, que estaba encima del altar, fijado en un tronco de nogal, de las cuales cinco quedaron clavadas en el Santo Cristo, una en una ceja, dos en los brazos, otra en el costado, y en una pierna otra, y señalado de otras en muchas partes del cuerpo. Lo cual hecho, y acabado de robar lo que hallaron en ella, le pegaron fuego, que por ser también de palmicha, como lo demás del pueblo, con facilidad se abrasó, y cayó ardiendo gran parte de la cubierta sobre el Cristo: pero de ninguna manera se quemó, ni el cuerpo ni la cruz donde estaba, ni aun una pequeña imagen de la Concepción, de papel, que estaba pegada en la misma cruz, bajo de los pies del Cristo, con haberse quemado hasta hacerse carbón el tronco ó cepo donde estaba fija, de suerte que se halló casi en el aire la cruz con el devotísimo Cristo: sólo en una espinilla tenía una pequeña señal del fuego, como ahumado, sin penetrarle.

«No se aplacó, con dejar hecho pavesa el pueblo, la rabia de estos salvajes, pues pareciéndoles no tenían aún bien ejecutada la que traían con su encomendero Rodrigo de Argüello (que á la sazón era en aquel pueblo Teniente de Gobernador) y con toda su casa, que fue la principal causa, según ellos decían, para asaltar el pueblo, por verse acosados en el servicio personal y pesquerías, con que les hacían acudir; pues habiendo habido á las manos á su encomendera, llamada Juana de Ulloa, y tres hijas suyas, una casada llamada doña Leonor, y dos doncellas, una doña Paula, ya para casar, y otra más pequeña, determinaron llevándose vivas las tres hijas, dejar ahorcada la madre, como lo hicieron, colgándola en la rama de un árbol, en la playa, con las riendas de un freno: y después de muerta le tiraron tantos flechazos en todo su cuerpo desnudo (porque la pusieron en carnes para haberla de colgar) que la dejaron como á un erizo; de suerte que, como las flechas eran tantas, y largas, cuando después cortaron los españoles las riendas con que estaba colgada, para enterrarla, al caer se quedó en pie, por las muchas con que estaba apuntada la redonda. Hecho esto, y embarcado todo el pillaje, y alguna gente que llevaron viva de toda broza, con las tres hijas de su encomendera, bogaron sus canoas y subieron la laguna arriba hasta meterse en los retiros de unas ciénagas que se hacen dentro de unos grandes montes á la boca del río Zulía, donde vivían dentro del agua en barbacoas. Luego que se pusieron en salvo con su presa, hicieron á las cautivas que quedarán de su traje, que era librea encarnada á lo natural, para que todos anduvieran de un modo sólo con un pañete delante; y tres indios de los más principales se casaron á su usanza, luego cada uno con la suya: si bien con la más pequeña, por no ser aun de edad, no se contrajo el casamiento hasta que la tuvo, pero al fin todas tuvieron hijos de los tres indios que se las aplicaron.

«Fueron notables las crueldades que usaron con estas tres mujeres, mientras estuvieron en

su poder, como lo contaban después que se vieron libres, en que no me quiero detener: sólo diré lo que sucedió á una de ellas con una india ladina que tenía de su servicio, de la misma nación y encomienda en su casa, cuando le sucedió el cautiverio: que estando algunas veces moliendo el maíz la india, por no hacer aquello á gusto del ama, la arrebatava de los cabellos, y le hacía dar con la cabeza en la piedra de moler, lo que tuvo bien en la memoria para hacer lo mismo con la doña Paula (que era la que usaba de esto), cuando se vio en su libertad la india y la pobre señora cautiva. Luego que volvieron los indios las espaldas y se aseguraron los españoles que estaban á la mira de lo que pasaba en el arcabuco (que no había quedado emboscada, de que también quedaron temerosos), llegaron al sitio del pueblo, y sin poder hallar que reparar otra cosa, enterraron á la Juana de Ulloa y los demás cuerpos muertos que hallaron, y arrodillados al Santo Crucifijo, con admiración cristiana que hubiese quedado ileso (entre tan grandes llamas), un clérigo, llamado el Padre Ventura de la Peña, con la devoción que el Señor le comunicó, estando casi ciego de una enfermedad y continuo dolor de cabeza, le adoró de más cerca, poniendo los ojos en aquellos pies santísimos y en el clavo de ellos, y sucedió que instantáneamente quedó sin dolor en la cabeza y sin turbación ninguna en la vista. Llevaron al Santo Crucifijo con la mayor devoción que pudieron, en procesión, un cuarto de legua de allí á unas estancias, donde lo pusieron con la decencia que se pudo, para que estuviera mientras volvía á reedificarse el pueblo, para volverle á colocar en su iglesia. Pero entre tanto los vecinos de la ciudad de La Laguna, codiciosos de la Santísima Reliquia, aguardando ocasión en que no se les pudiera hacer resistencia de consideración, vinieron por el Santo Cristo, y se lo llevaron á su ciudad, en donde le tienen con grandísima veneración, con grande adorno, cuidado y devoción, que la acrecientan los navegantes que entran en La Laguna, á quien encomiendan sus viajes, y ofrecen grandes limosnas, seguros y confiados en su amparo, de que tienen grandes y conocidas experiencias. Dejaron sola la Cruz, cuando se lo llevaron, que está en el convento de San Agustín de la ciudad de Mérida.

«No pasaron pocos días (pues fueron todos los que se ocuparon de enviar las nuevas del suceso, desde la ciudad de Mérida á la de Santafé, que son más de cien leguas de camino, y en remitir la respuesta y orden que se debía de dar en lo sucedido) primero que se volviese á reedificar la ciudad de Gibraltar. Pero llegado este orden de la Real Audiencia de Santafé, se despachó luego de la de Mérida el capitán Diego Prieto Dávila, vecino y encomendero de ella, con cincuenta soldados, también vecinos de la misma ciudad, para volver á reedificar la del incendio, como lo hizo, en el mismo sitio, donde asistió todo el tiempo que fue necesario para dar asiento á las cosas y casas. Llevó consigo un religioso de nuestra orden y de la santa Provincia del Nuevo Reino, llamado fray Andrés Gallegos, que acertó á hallarse á la sazón en la ciudad de Mérida, á quien le señaló sitio entre los demás solares para un convento de nuestra Religión, aunque hasta hoy sólo ha quedado en eso. Crecía tanto el orgullo de estos indios Quiriquires con las victorias que iban alcanzando en lo que emprendían, y con el poco castigo que tenían, saliéndose con cuantas maldades intentaban, que se determinaron de nuevo á volver segunda vez sobre la ciudad, á pocos años que supieron estaba reedificada, y robándola otra vez, mataron alguna

gente, y cautivaron una muger española y algunas mulatas, y se volvieron al mismo retiro donde estaban con la presa. Era en este tiempo Lugarteniente del gobernador Sancho de Aljuiza, en la ciudad de la Nueva Zamora, el capitán Juan Pacheco Maldonado, vecino y Alférez Real de la de Nuestra Señora de la Paz de Trujillo, que viendo los inconvenientes y grandes daños que iban creciendo cada día, y que habían de ser por horas mayores, si no se entraba á castigar á aquellos indios, despachó al capitán Velasco, vecino del mismo pueblo de La Laguna, con una buena tropa de soldados, también del pueblo, entre los cuales iba un hijo del Rodrigo de Argüello y hermano de las tres cautivas, que no fue poca parte el deseo de darles la libertad, para que se emprendiera la jornada, la cual iban haciendo con buenas guías, y ya en demanda, y bien cerca del pueblo del retiro de los Quiriquires, entrado el año de mil y sesientos y seis (1606), cuando en cierto paraje acertó á ir delante de los soldados que iban marchando, la cautiva casada, juntamente con el indio que la tenía por muger, que iban de una labranza á sus ranchos. Llevaba la pobre señora cargado un cataure de comida, y una hija que había parido del indio, ya de cuatro años.

«Los soldados, no entendiendo estaban tan cerca de los ranchos de los indios, ni viendo la presa que iba delante, por estorbárselo la espesura del monte, se disparó una escopeta, casi sin ocasión, la cual oyendo la muger y el indio, y conociendo en aquello ser españoles, el indio amenazaba á la muger que alargase el paso para llegar con más brevedad á su rancharía que estaba cerca, pero la buena señora, como también entendió se le acercaba su remedio y libertad, no sólo no quería andar, pero con un ánimo de española, soltando á su hija y el cataure, embistió con el indio y le echó mano del arco y flechas, con intentos de detenerle, y comenzó á dar voces en español, cuan altas pudo, diciendo que se allegaran, porque abreviaran el paso los soldados, si acaso la oían. Turbado el indio, no tanto de lo que le hacía la muger, como de ver le iban ya en los alcances los españoles, dejándole el arco y flechas en las manos, escapó corriendo á dar aviso al pueblo de lo que pasaba, con que se pusieron todos en cobro. Sentóse la española con su hija á aguardar los soldados, que á pocos pasos llegaron donde estaba inopinadamente, que fue para todos de gran gusto, aunque para ella fue bien aguado, pues decía había sido igual la vergüenza que padeció en verse desnuda delante de todos, al contento de verse libre. Cubrióronla luego con algunas mantas de algodón que llevaban, y pasando hasta el pueblo, de donde no hallando ninguna gente, volvieron á tomar la vuelta de su jornada, contentos con la presa que habían hecho, y confiados en Dios, que otro día la harían de las demás cautivas, como sucedió, pues de allí á pocos, el año de seiscientos y ocho (1608), habiendo tenido rastro donde estaban los indios, con las otras, haciendo otra entrada por orden del mismo teniente Juan Pacheco, sacaron á doña Paula con otros dos hijos, de los cuales conocí uno, que el año de seiscientos y doce (1612) lo tenían los religiosos de nuestro convento de la ciudad de Trujillo, enseñándole á leer é industriándole en las cosas de la fe católica. Á la casada recibió su marido, y crió la hija como hombre cristiano, discreto y bien advertido, que tales sucesos no están en manos de las gentes, y que la fuerza no quita la virtud, antes la aumenta; tercera vez se atrevieron los indios á dar sobre el mismo pueblo, y se llevaron un negro, un mulato y otra mulata con una hija, pero estas dos posteriores que asaltaron y robaron el pueblo, aunque lo abrasaron todo, no se atrevieron á tocar en la iglesia, por lo que diremos.»